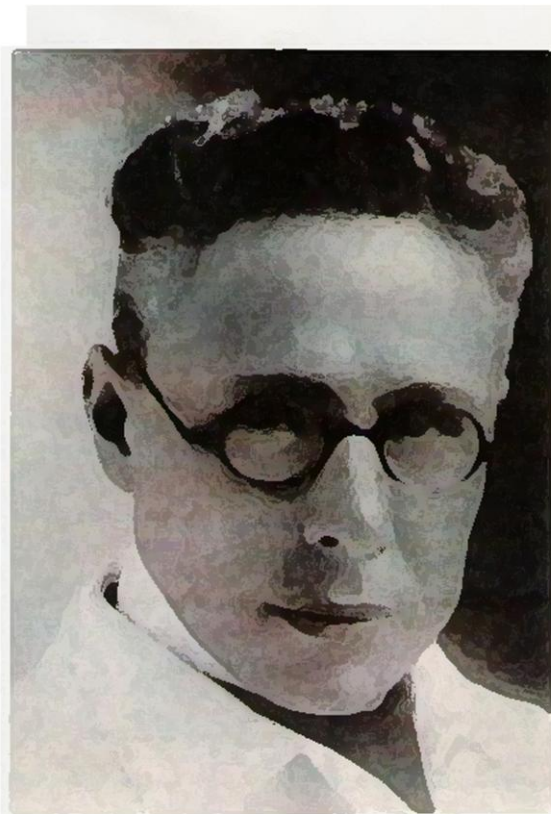


Lino Roberto Morales



Salvador Mazza

La MEPRA Cuentos

La Misión de Estudios de Patologías Regionales Argentinas (MEPRA) fue creada como organismo dependiente del Instituto de Clínica Quirúrgica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires en los finales de la década del veinte por el trabajo incansable del médico bacteriológico Salvador Mazza.

En los cuentos está presente el doctor Salvador Mazza, luchador ineludible contra la enfermedad de Chagas, mal endémico que aún hoy afecta fatídicamente a millones de latinoamericanos...

Para mi padre

PRÓLOGO

Estimado lector:

Usted se preguntará, no sin razón, porqué título a esta serie de cuentos LA MEPRA. Primero debo señalar que MEPRA es un acrónimo, cuyas siglas significan misión de estudios de patologías regionales argentinas.

La MEPRA fue creada como organismo dependiente del Instituto de Clínica Quirúrgica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires en los finales de la década del veinte por el trabajo incansable del médico bacteriológico Salvador Mazza.

Este sabio argentino, nacido en la ciudad de Rauch en junio de 1886, se recibió de médico en la Universidad de Buenos Aires, se doctoró en la misma Universidad y fue designado bacteriólogo del entonces Departamento Nacional de Higiene. Luego estuvo a cargo del lazareto de la isla Martín García, cuya función era detectar entre los inmigrantes a los portadores sanos de gérmenes de cólera.

Fue profesor suplente de la Cátedra de Bacteriología del Dr. Carlos Malbrán, y lo reemplazó como titular cuando éste renunció. Se desempeñó también como jefe de laboratorio del Hospital de Clínicas de Buenos Aires.

El doctor Mazza realizó viajes a los principales centros científicos de Londres, París, Berlín y Hamburgo y trabajó algún tiempo en el Instituto Pasteur de Argelia y Túnez. Allí trabó amistad con el Premio Nobel de Medicina Charle Nicolle, a quien Mazza calificó como el padre espiritual de todos sus trabajos.

Continuó los estudios del eminente científico brasileño Carlos Roberto Justiniano das Chagas, descubridor en el año 1912 del parásito causante de la enfermedad endémica que lleva su nombre. Y con el apoyo de Nicolle, creó la primera Sociedad Científica de Jujuy dedicada a estudiar las enfermedades de la región, diseminando filiales por todas las zonas críticas del país.

Fue por su trabajo incansable, por la presentación de múltiples casos y por el rigor científico que le impuso a las investigaciones sobre esta patología, que la enfermedad descubierta por Chagas en 1912 tuvo reconocimiento nacional e internacional. Se trata de una endemia que aqueja aún hoy a muchos millones de latinoamericanos y provoca miles de muerte por año, cuyo agente etiológico es el “tripanosoma cruzi”.

La MEPRA desarrolló sus actividades en su sede central en la ciudad de Jujuy, contando con filiales en los puntos más afectados del país por las patologías regionales.

En el año 1946, dando una conferencia en Monterrey, México, padece el doctor Salvador Mazza un ataque al corazón del cual fallece. Al año siguiente de su

fallecimiento, la MEPRA fue trasladada a una casona señorial del barrio de Flores de esta Ciudad de Buenos Aires.

Viví allí con mis padres desde el año de su llegada en 1947 hasta el año 1956. En el año 1957 por resolución de la Universidad se mudó a la Facultad de Medicina, y se redujo a sólo dos habitaciones. Cesa su funcionamiento en forma definitiva en el año 1958 por orden del Rectorado de la Universidad de Buenos Aires.

Atrás quedaron veinte años de labor incansable de un grupo multidisciplinario de científicos dirigidos por el doctor Mazza, continuados agónicamente en la ciudad de Buenos Aires. Todos aglutinados en la lucha contra las patologías regionales. Una de ellas, el mal de Chagas, se ensaña pertinazmente con los más pobres y desposeídos de la tierra.

No tuve la suerte de conocer personalmente al doctor Salvador Mazza. Pero pasé mi juventud en la MEPRA por él creada. Y cada vez que observaba su retrato en una de las paredes de la sala principal, cuyo facsímile preside este libro, descubría bajo su rostro impertérrito y mirada adusta, el justo reproche de cómo íbamos desandando el camino de lucha que a él tanto le había costado construir.

Una aclaración final: No obstante reconocer alguna investigación sobre el doctor Mazza, la vinchuca y el “tripanosoma cruzi”, los cuentos que integran este libro no pretenden ser otra cosa que narraciones en las que se entrecruzan las vivencias juveniles con el mágico mundo de la ficción.

Lino Roberto Morales

Ciudad de Buenos Aires, primavera de 2006

LA MUDANZA

Fue en la primavera de 1947. Mi padre vino con la noticia de que teníamos que mudarnos a una casona del barrio de Flores. Allí iba a funcionar LA MEPRA, una dependencia de la Universidad que iba a ser trasladada desde la ciudad de Jujuy. Nuestro nuevo domicilio iba a ser una casa muy grande, de aspecto señorial ubicada sobre la avenida Avellaneda, con febril y ruidoso tránsito vehicular.

Vinieron las comparaciones: de un barrio situado en los suburbios de Buenos Aires, Floresta, y de vivir sobre una callejuela de tierra intransitable cuando llovía, pasaba a un lugar donde atronaban a su paso los tranvías 89 y 99, interfiriendo cada vez que ello sucedía con las emisiones de nuestra vieja radio capilla. Pensé, y no equivocadamente, que en Floresta iba a dejar la patria de mi infancia.

Enseguida me di cuenta, de que perdía el culto a la vecindad que se practicaba en el Pasaje Edmundo De Amicis. Quizás lo pequeño de la calle de tierra nos hacía más comunicativos, más solidarios. Pese a ser la cuadra un mosaico de nacionalidades, los vecinos se conocían todos y se saludaban y ayudaban mutuamente. Sus hijos eran mis amigos. En los atardeceres, los mayores sacaban las sillas a la vereda y charlaban, mientras nosotros preparábamos la gran fogata de San Pedro y de San Pablo.

No obstante lo triste de la despedida, medité sobre lo bueno del cambio: si bien me perdía de estar casi todo el día con el grupo de amigos de Floresta, el hecho de saber que iba a mudarme a un lugar donde sería trasladada una dependencia de la Universidad de Buenos Aires, me llenaba de misterio y alegría. A modo de consuelo me dije que lo mismo iba a seguir yendo al Colegio República del Perú, una flamante escuela estilo colonial ubicada en el barrio que iba a abandonar. Allí seguiría viendo a mis compañeros y a mi mejor amigo: el Lute.

Vivíamos con mi abuela Teresa y mi tío Daniel. Éste era el hermano menor de mi madre y el único español de la familia. Sin embargo era el más argentino de todos, porque había venido de tan sólo un año de edad de España. Los otros hermanos, entre ellos mi madre, si bien habían nacido en la Argentina, estuvieron viviendo varios años allende los mares.

Mi tío Daniel siempre decía que su deseo mayor era conocer el pueblo en el que había nacido, Valtuille de Abajo. Cuando me despedí de él, pensé si su sueño se haría alguna vez realidad. Era indudable que mi abuela le había contagiado la morriña por la tierra natal.

Cuando le conté al Lute a dónde me mudaba, se puso triste, aunque trató de disimularlo demostrando entusiasmo.

Al sábado siguiente de nuestra mudanza, le mostraba las cosas que había en la MEPRA. Comencé por la entrada, luego la inmensa y señorial sala principal donde estaba, imponente, el escritorio del Director. Presidía la sala, amurado a una de las paredes, el retrato del doctor Salvador Mazza, quien, con gesto adusto, nos observaba a través de sus oscuros anteojos de carey.

En un salón contiguo había una colección de más de cien variedades de vinchucas. Algunas de gran tamaño, otras pequeñas. Por doquier había grandes anaqueles con libros y revistas de distintas partes del mundo. Los había en alemán con escritura de tipo gótico, muy extraño para mí. Luego venían los despachos administrativos y salas donde estaban los laboratorios. En vitrinas cerradas con llave había distintos tipos de microscopios y una balanza de gran precisión. La cocina era muy amplia y azulejada hasta el techo inclusive. Todavía quedaban canastos con cosas que habían sido trasladadas de Jujuy. Se comentaba que habían despachados dos vagones completos por el Ferrocarril Belgrano.

Los animales del laboratorio, cobayos y ratas, se hallaban en un tinglado. Mi padre se había dado maña para construir provisoriamente varios habitáculos, hasta que construyeran los lugares definitivos. En las habitaciones del fondo, aparte de tubos de ensayo y pipetas, había grandes recipientes de vidrio con distintas partes del cuerpo humano conservados en formol. Le comenté al Lute lo que sabía: que habían pertenecido a personas que habían muerto de distintas enfermedades regionales. La vista de los restos del cuerpo humano, carcomidos por la enfermedad y quizás por el formol, le produjo gran espanto al Lute que se descompuso.

Desde Jujuy había venido una perrita sobreviviente a muchos experimentos que se le realizaron. Se transformó en uno más de la familia y, como buena pomeraña, era la gran perseguidora de ratas y lauchas que pululaban por la casona. Su nombre era el homónimo de la institución. Era una “mepra”, o “meprita” como la llamábamos cariñosamente.

Pese a llevar muy poco tiempo en la MEPRA yo parecía un avezado investigador en patologías regionales. La admiración del Lute sobre las cosas que le decía y le mostraba resultaba indisimulable.

SIESTA DE VERANO

La majestuosa palmera presidía el amplio jardín de la MEPRA. No sólo se imponía entre los demás árboles por su tronco recto y largo poblado por innumerables e inextricables hojas pinnadas, sino porque desde sus alturas partía la vocinglería ininterrumpida de incontables gorriones.

Aquel domingo a la tarde, el canto agudo, continuo y monocorde no cedía ni por un instante. Es más, parecía que aumentaba su volumen en forma incesante. Mi padre, aún cansado por el trajín de la mudanza, se había recostado a dormir la siesta.

Se imponía el silencio. Cuando oí el silbido inconfundible del Lute, corrí a abrir sigilosamente el gran portón de entrada. Accedimos a la terraza a través de una escalerilla de metal bastante pesada que había que desarrimar de la pared. Lo hicimos lo más despacioso posible. La terraza cubría toda la parte delantera de la edificación. En el centro de la misma, lucía el techo corredizo de vidrio, que daba luz a las habitaciones de la planta baja. Su apertura y cierre se accionaba desde el patio central mediante un sistema de palancas y engranajes. El sol daba de pleno en las baldosas, concentrando un calor abrasador que traspasaba la suela de nuestras zapatillas.

El Lute estaba ansioso por ver la obra terminada. Él había sido testigo de cómo había fabricado la gomera. La comencé en Floresta. Él vio cómo fui transformando una rama seca en una “Y” perfecta de unos quince centímetros de largo por diez de ancho. La honda era una obra de arte. Bien afirmadas la banda elástica a los extremos superiores de la “Y”, cerrándose en la parte opuesta con un retén de cuero para albergar la munición.

Le mostré al Lute la obra ya finalizada. Hizo el silencio que sólo produce la admiración. Silencio que contrastaba con la algarabía ensordecedora de los pájaros que poblaban la palmera, ajenos al mortífero instrumento que tenía entre mis manos. El Lute me incitó a probarla.

—¡Qué mejor para ello que los pájaros de la palmera! —me dijo—. Y me proveyó de munición: Bolitas cachadas que no tenían valor lúdico.

Me ubiqué en una esquina de la azotea cercana a escasos metros de la zona en que los gorriones continuaban con su interminable parloteo. Cargué la honda como un profesional de la guerra, teniendo fuertemente con la mano derecha el madero y sosteniendo el proyectil dentro del retén con la otra.

Estiré con todas mis fuerzas las bandas elásticas. El primer tiro salió silbando y golpeó secamente en la zona de los nidos. Una bandada de alas despavoridas se elevaron buscando el cielo salvador. Esperamos en vano. No hubo respuesta. Sin víctima aún. Era un silencio distinto del producido por el anuncio de la odiada llegada de la urraca azul. Silencio interrumpido por el ruido que producía su inquieta búsqueda de huevos y pichones. Éste era un silencio por algo desconocido.

—La caza es cuestión de paciencia, —el Lute me dijo—. Mantené la honda cargada y esperá. Algún gorrión desprevenido va a aparecer.

Así fue. Un gorrión extenuado ajeno a lo que había pasado se posó en el extremo de una de las hojas bajas de la palmera, que se meció al compás de su peso. Esa era mi oportunidad. Tensé la gomera con toda mi fuerza y el tiro partió velozmente. Fue directo a la presa. Pegó de lleno en el gorrión que dibujando un tirabuzón cayó en el jardín. Era como ver caer en el cine “Avellaneda” los aviones de guerra abatidos en la Primer Guerra Mundial.

Los dos corrimos para ver mi hazaña. El Lute saltaba de alegría alrededor mío. Yo, novel cazador de doce años, miraba atónito a la víctima. Levanté el gorrión. Una mancha rojiza brotaba entre las plumas de su pecho. Algo viscoso salía de su pico.

Presto fui a llamar a mi padre. No me importaba que se enfureciera por despertarlo de su ansiada siesta de verano.

— ¡Él sabe mucho de animales y lo puede salvar!, —le dije al Lute.

Cómo estaría de acongojado que mi padre no me dijo nada. Miró al gorrión, lo revisó, le abrió el pico, le movió las patas y las alas y me dijo:

—Es una hembra. No tiene el barbero negro ni la corona gris de los machos. El tiro fue certero. No sufrió nada. Los que sí van a sufrir son sus pichones que la estarán esperando y pronto se van a morir irremediamente de hambre.—

En el jardín, entre dos plantas de calas, hice un pequeño y profundo pozo. Enterré al gorrión y también a la macabra gomera. Nunca pude desterrar de mi mente la imagen de los pichones que, con sus picos abiertos, esperarían cada vez más impacientes la llegada de su madre.

EL JUJEÑO

Quisque, auxiliar de laboratorio y estudiante crónico de medicina, era el único que se avino a mudarse a Buenos Aires desde la provincia de Jujuy, donde funcionaba la MEPRA. Con él tuve una relación por demás cordial, distinta de la de los médicos que iban y venían indiferentes, siempre urgidos por no sé qué cosas importantes. Allí estaba el jujeño, enfundado en su prolijo guardapolvo albo. La blancura de su camisa resaltaba con el color cobrizo de su piel. Domeñaba su hirsuto pelo negro, a fuerza de fijador. Siempre lucía una corbata negra, con prieto y pequeño nudo.

A través de él tomé conocimiento de la gran lucha de Salvador Mazza para que se fundara la MEPRA, que ocurrió a fines de la década del treinta y que tuviera su centro de atención en la misma zona donde las patologías regionales eran concomitantes. Y así fue que en la ciudad de Jujuy comenzó a funcionar. Quisque no aprobaba que la hubieran traído a la Capital Federal. Decía que ello iba a significar su propia extinción. La MEPRA tenía que estar en las zonas chagásicas y de las otras enfermedades tropicales, martillaba insistentemente.

Una vez me habló del edificio de dos plantas, pintado de gris, con tejas rojas donde funcionaba la “Misión de Estudios de Patología Regional Argentina”, “La patología” como la llamaba la gente del lugar. Me dijo que el proyecto del doctor Mazza era vincular a los médicos del interior desde allí, Jujuy, con las enfermedades regionales y con las nuevas técnicas de diagnóstico.

—En la MEPRA se desarrolló, durante casi veinte años, una importante acción de docencia y exploración sanitaria, hasta que, tras la muerte impensada del doctor Mazza, la mudaron aquí, a Buenos Aires, —una vez me dijo Quisque.

Otra vez reflexionó sobre el famoso vagón de ferrocarril. Me contó que a instancias del doctor Salvador Mazza y con sus precisas indicaciones se había transformado un vagón de pasajeros, en un laboratorio y consultorio itinerante. Mediante su vagón laboratorio, el doctor Mazza, acompañado siempre por su señora esposa, efectuó investigaciones y miles de pacientes fueron atendidos. El vagón, que tenía libre tránsito, visitó los lugares más comprometidos con la enfermedad. Fueron miles, los kilómetros que la familia Mazza recorrió, realizando a los pobladores cientos de extracciones de sangre, cultivos, inoculaciones, biopsias y estudios serológicos.

Insistía Quisque que entonces no se estaba usando el vagón laboratorio. Y eso era verdad. Estaba siempre inmóvil en los galpones de Boulogne. ¿Esperaría acaso que el doctor Mazza resucitara? Yo fui dos veces con mi padre a verlo. Lo que me había contado Quisque sobre el laboratorio era verdad. Constituía un verdadero laboratorio móvil. Me pareció una MEPRA adaptada a la forma rectangular de un vagón. Me contó el jujeño, que a insistencia del doctor Mazza, en el techo habían ubicado una gran cisterna que permitía tener agua para los largos trayectos por las zonas secas y tórridas de nuestro país, sirviendo además como útil aislante térmico natural.

LA MEPRA

A raíz de que tuve una infección con bastante fiebre y el médico mandó administrarme penicilina, me contó Quisque que allá por el año 1942, el doctor Mazza intercambió correspondencia con Alexander Fleming, el descubridor de la penicilina. De dicho intercambio de información y, luego de varios fracasos, al año siguiente la MEPRA consiguió producir penicilina. El doctor Mazza remitió pruebas a distintos países, y se comprobó que la calidad de la fabricada por dicha institución estaba a la altura de la que era producida en otras partes del mundo. —Pero—, me dijo Quisque, —inexplicablemente no se continuó con el desarrollo del tema.

Me recalcó: — Digo inexplicable, porque como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial escaseaba la penicilina en el país.

EL HABLAR DE QUISQUE

La forma de hablar de Quisque me causaba hilaridad, su forma pausada y modulada y cómo pronunciaba las palabras. Él diferenciaba perfectamente la *elle* de la *ye*. Pero eso no era lo que más gracia me hacía. Sino que hacía resaltar la *ce* de la *ese*. En el colegio primario también nos causaba gracia cómo las maestras, en especial las de los primeros grados, marcaban en sus dictados la forma de hablar del jujeño. Pero luego las oíamos hablar entre ellas como lo hacíamos nosotros en el barrio.

Un día, charlando con Quisque, le pregunté por su forma tan particular de hablar. Él me dijo que hablaba como sus padres, oriundos de las sierras del Perú. Allí todos hablan de esa forma. —Como lo hacen en Castilla—, me dijo. En cuanto a la pronunciación de la *elle* y la *ye*, me señaló que cuando conociera un poco más el interior del país, me iba a dar cuenta de que era la forma más común.

De pronto escuché del jujeño una lección sobre la forma de hablar. Ahí me di cuenta, de que el ser porteño no me constituía en el centro del mundo. Me comentó que había múltiples formas de hablar. Me marcó las diferencias diciendo que yo, como todos los rioplatenses aspirábamos las *eses* al final, que no modulábamos bien las palabras, usábamos muletillas entremezclándolas innecesariamente en la conversación. Pero eso sí, reconoció, que le gustaba la espontaneidad de nuestro hablar porteño.

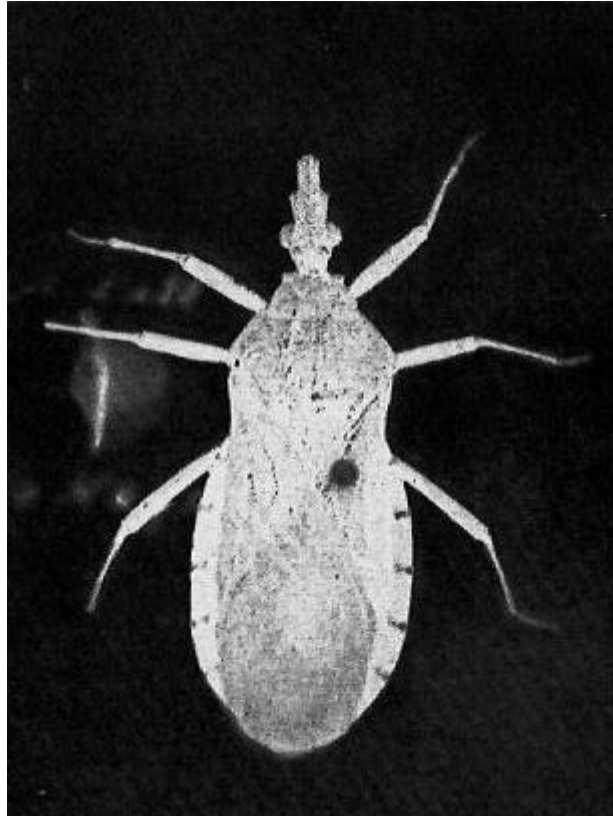
Después de esa charla comprendí que el jujeño era un autodidacta. Estaba frente a un maestro de vida. Quisque siempre andaba con varios libros bajo el brazo. Y, cuando tenía un momento de descanso, lo aprovechaba para leer.

LA VINCHUCA

Quisque estaba traspasando las vinchucas de un recipiente de cristal grande a otro más pequeño. Pronto las tendría que alimentar. Era otro de los sábados a la tarde en los que la MEPRA estaba sin personal. La curiosidad del Lute y mía no tenían límite y él, con esa paciencia de los maestros, nos contaba historias. Y fue precisamente ese día que nos contó cómo se descubrió la enfermedad que producía las picaduras de las vinchucas. Nos dijo que su descubrimiento fue paradójal. El investigador brasileño Carlos Chagas, al estudiar las deyecciones de los “barbeiros” encontró unos parásitos que bautizó “*Tripanosoma cruzi*” en homenaje a su maestro, otro ilustre investigador de esa nacionalidad, Oswaldo Cruz.

Nos acercó una lupa grande para que viéramos a las vinchucas. Estaban como aletargadas. Nos dijo que la luz es su natural enemiga. Por eso no se las ve a la luz del día. Tienen que acostumbrarse a diferenciarlas, nos dijo. Allí nos llevó a la gran sala donde tenía su despacho el Director. En dos grandes vitrinas se encontraban en exposición más de cien clases de vinchucas. Con el conocimiento propio de un entomólogo especializado en estos insectos, nos fue explicando el impresionante catálogo de ejemplares. Hasta que llegamos a la que nos interesaba: Chinche gaucha, vinchuca negra o simplemente vinchuca. Había dos de aproximadamente poco menos de tres centímetros de largo. Una más grande que la otra. Nos dijo que la más chica es el macho. Nos indicó que deberíamos diferenciarlas de las otras que no son peligrosas para el ser humano. Su distintivo es la base de las patas con un color amarillo que resalta en su negror, salvo el reborde de las alas que rodea el abdomen y que muestran manchas transversales claras. Con estos dos datos ustedes pueden diferenciar a la “*Triatoma infestans*”. Con este término científico, para nosotros misterioso y lleno de terror, dio por terminada la lección.

Lo dejamos a Quisque continuar con su rutina y nosotros fuimos a jugar con la trajinada pelota, al fondo de la casa.



Triatoma Rosenbush . Mazza, 1936
Typus ♂

Fuente: Revista de la Misión de Estudios de Patologías Regionales Argentinas
Año XIX – Número 74 BUENOS AIRES 1946

LA FIESTA

El Lute vino a la MEPRA. Estaba enfundado en su impecable ambo azul. Yo lucía los flamantes pantalones largos de un reluciente traje gris cruzado de mis recientes quince años. Cuando llegamos a mi antigua Floresta, atardecía plácidamente. Era domingo y, como todos los domingos, nos dirigimos al club “FLORES QUE SURGEN”, que quedaba muy cerca, sobre la calle Carrasco. Una de las pocas calles adoquinadas del barrio.

Íbamos a ver a las parejas patinar en la pista del club. Algunos eran profesionales de ese difícil arte de hacer arabescos en el aire, meciéndose al compás envolvente de los vales vieneses. La música era propalada por dos poderosos altavoces. Uno de ellos ubicado precisamente muy cercano al despacho de bebidas donde nos sentábamos a tomar una Naranja Bilz. Por el fuerte volumen de la música terminábamos hablando a los gritos.

Nos divertíamos mucho viendo a los patinadores que recién se iniciaban y querían mantener el equilibrio sobre las ruedas. Hacían cómicas y desesperadas cabriolas antes de caer, inexorablemente, desparramados sobre el piso de brillantes baldosas.

Pero ese domingo no iba a ser un domingo más. Cuando nos dirigíamos al club, en el Pasaje Edmundo D’Amici, un grupo numeroso de personas se agolpaba frente a la puerta de entrada de la casa de los nuevos vecinos. Me dijo el Lute que se trataba de una familia de italianos recién mudada al barrio. Curiosos, el Lute y yo, nos sumamos a ellos. Allí nos enteramos de que se casaba la hija del dueño de la casa y que los novios estaban por llegar.

De pronto un poderoso Packard azul apareció por la esquina de la calle Carrasco y resueltamente encaró su trompa al Pasaje Edmundo D’Amici, que era de tierra. Como el día anterior había llovido, el Pasaje estaba intransitable para ese tipo de automóviles bajos. Fue así como el desprevenido chofer se quedó empantanado a unos metros de la casa de la novia. La ayuda solidaria de los vecinos que empujaron el lujoso auto hizo que zafara de su penosa situación y pudiera llegar, finalmente, a destino.

El chofer abrió la portezuela trasera y vimos a una preciosa muñeca de blanco y cielo que sonreía dulcemente, mientras una señora regordeta, que había descendido prestamente del lado del acompañante del conductor, revoloteaba a su alrededor esforzándose en acomodarle los superpuestos tules del pomposo vestido. La gente congregada en la puerta murmuraba y aplaudía. Algunas viejas lloriqueaban recordando sus pasadas emociones.

Como si respondieran a una orden, los chicos empezaron a corear reiterada e insistentemente el clásico: “Padrino pelado”. Cumpliendo el clásico rito el padrino sacó del bolsillo un gran puñado de monedas y las arrojó hacia arriba en dirección a la muchachada. Y ahí comenzó el desmadre. No sólo los chicos pujaban por encontrar una, dos o más monedas, sino que se sumaron los mayores. El Lute y yo

mirábamos con disimulo si alguna moneda había caído cerca nuestro.

Después que entraron los novios, pasaron los demás invitados que habían salido a esperar la llegada. La estrechez de la entrada y la gran cantidad de público congregado hizo que se originara un pequeño tumulto. A eso había que sumarle la cantidad de personas que quería ingresar a la fiesta, fuesen invitadas o no. Sería porque estábamos bien trajeados o no sé por qué otro designio, impensadamente fuimos seleccionados para ingresar a la fiesta de casamiento.

En el gran patio entoldado y adornado con luces de colores, estaba tendida la mesa sobre un blanquísimo mantel bordado. Había muchas cosas ricas, a las que no estaban acostumbradas nuestras austeras vidas familiares.

Llamaba la atención cómo la madre de la novia y otras señoronas más, cuidaban que la “niña” no tomara nada y que comiera muy poco. En otro lado del patio estaban unos amigos del novio que querían a toda costa hacerlo beber, empeñados en contrariar el recato que le quería imponer un señor mayor que, barrunto, era su padre.

Lo cierto es que exactamente a las doce de la noche y luego de cortar la torta, no vimos más a la novia y el novio. Desde el fondo de la casa venía un sabroso olor a carne asada.

El Lute y yo evitábamos acercarnos a la habitación donde se exponían los regalos, por temor a que nos preguntaran si el nuestro —que obviamente no hicimos— lucía bien donde estaba ubicado.

El tintineo producido por el sonido de una cuchara golpeada insistentemente en una botella semivacia, hizo que todos dejáramos de parlotear e hiciéramos silencio.

Tomó la palabra el padrino y agradeció a los invitados: tanto del novio, como los de la novia. En especial —dijo— quería agradecer a los familiares de Petrini que estaban disfrutando de la fiesta. A propósito —agregó— para ellos tenía unos presentes del amigo Petrini, que especialmente los había enviado de Italia.

El silencio se hizo aún más absoluto. El Lute y yo observamos que un grupo de asistentes, no más de cinco personas, afirmando su parentesco con Petrini se congregaban alrededor del padrino que había dicho tan laudatorias palabras. Prestamente y sin pensar nos sumamos a ellos.

Allí fue cuando el padrino, mudando súbitamente su cara afable por un rojo cólera, nos mostró la puerta de calle, y a los gritos nos dijo:

LA MEPRA

—¡Así que ustedes son parientes de Petrini! ¡Sepan que no hay ningún Petrini!.
¡Vergüenza debería darles haberse colado en esta fiesta de gente honrada!
¡Tendrían que ir todos presos por colados!—.

Salimos todos en tropel y a los empujones. Yo, herido en mi amor propio, emprendí mi regreso penoso a la MEPRA.

LA GUAGUA

Llegó el Lute, como todos los sábados, alrededor de las dos de la tarde. Con él fuimos a visitar al jujeño al laboratorio. Hoy nuevamente tenía que alimentar a otras vinchucas. Esta vez iba a ser más peligroso. Porque para hacer un xenodiagnóstico, es decir un análisis para determinar si una persona que vino del interior tenía *tripanosoma cruzi*, las vinchucas limpias iban a ser alimentadas con sangre presumiblemente infestada.

Quisque había estaqueado panza arriba al aterrado cobayo. Maniobraba el jujeño, con destreza. Trasegaba las vinchucas de un recipiente de vidrio más grande a uno de menor tamaño. Este tenía abierto la parte superior. Las tomaba delicadamente con una pinza muy larga y las depositaba en el nuevo habitáculo. A veces se ayudaba a ubicarlas con las manos. Al Lute y a mí nos llamaba la atención su familiaridad y delicadeza con que las trataba. Sabíamos por sus cuentos lo peligroso que eran cuando estaban infestadas. Si bien aún no lo estaban, posiblemente lo iban a estar. Le preguntamos si nunca les había tenido miedo.

Sin dejar su trabajo, quedó sorprendido por la pregunta. Sus pequeños ojos negros y rasgados se humedecieron. Quizá por algunas lágrimas contenidas. Nos dijo:

—Un día como hoy, hace exactamente cuatro años, fallecía la guagua—.

Nos quedamos en silencio. Él continuó colocando el tul blanco en la parte superior del brocal. La sujetó con una banda elástica. Nos volvió a mirar fijamente. Sus ojos se volvieron tristes. Volcó el brocal sobre la panza pelada del cobayo para que los triatomas se alimentaran.

Contó las vinchucas y anotó la cantidad cuidadosamente en una libreta. El cobayo posiblemente estaba infestado de *tripanosoma cruzi*, así que las vinchucas se transformarían, después de su alimento, en vectoras de la enfermedad. De ahí que el jujeño extremara su cuidado. Luego dejó a víctima y victimarias en la penumbra. Salimos al patio. Los tres nos acodamos en la balaustrada que daba al jardín. La leve brisa de septiembre columpiaba tenuemente las ramas, ensangrentando en sus extremos a la indiferente estrella federal.

Quisque entornó sus ojos y dirigió una mirada perdida hacia el Norte. Parsimoniosamente nos dijo:

—Era una noche cálida. Sabía que nos iban a visitar las vinchucas que anidaban en el techo. Así lo hacían invariablemente todas las noches. Me fijé que el mosquitero que cubría la cuna de la guagua estuviera bien sujeto. Que no quedara ningún intersticio por donde pasaran. Sabía de su astucia. Mi mujer y yo nos dormimos plácidamente, cuando entre sueños comencé a escuchar los golpes secos que producían estos insectos en el momento en que se dejaban caer desde el techo. En especial el tamborileo que producían al caer en la parte media de la mesa. Me desperté entre sueños. Todo estaba en orden. Me volví a dormir.

Continuó Quisque:

—Tuve una tremenda pesadilla. Inexplicablemente la guagua sacaba el bracito por debajo del mosquitero. Una vinchuca se metía por ahí. Torpemente llegaba arrastrando su cuerpo achatado hasta su mejilla. De pronto, amenazante, enderezaba su cabeza. Del pico sacaba largos estiletes que se clavaban en la mejilla de la guagua. Las extremidades amarillas relucían en su lúgubre cuerpo pardo. No sé cuanto tiempo estuvo chupando la sangre de la guagua. Sabía que era un sueño y el tiempo allí no existe. Pero el bicho se hinchaba más y más. Al final parecía una uva roja. Estaba casi redonda y no se podía mover. Luego desapareció. Al final del sueño la guagua restregaba su manito sobre la picadura. Me desperté al alba. La guagua y mi mujer dormían plácidamente. No había sido más que un mal sueño, pensé. Fui a llevar a los animales al monte en busca de mejores pasturas. Tardaría no más de una semana—.

Escuchábamos al jujeño sin decir palabra:

—Cuando volví a la semana siguiente, la guagua tenía el párpado hinchado. El ojo cerrado. Ya no podía abrirlo. Nos dijeron que fuera a la Patología que ahí atendía un tal doctor Mazza. Eso era en Jujuy donde funcionaba la Misión de Estudios. Después de tres días de viaje llegamos a la MEPRA. Ahí conocí al doctor Salvador Mazza y a su mujer la señora Clorinda Razzori. En ese momento conocí la grandeza de un sabio. Su dedicación, su abnegación y comprobé su dolor al ver que no podía hacer nada por la guagua. Inmediatamente todos se pusieron a luchar contra la enfermedad de mi pequeña hija. Nos explicó que en los bebés a veces la picadura de las vinchucas infestadas puede ser mortal—.

—Un día como hoy, hace exactamente cuatro años, trayendo a mi hija en sus brazos, el doctor Mazza me dijo: “Señor Quisque, desgraciadamente no pudimos hacer nada por su hija. Perdónenos”. Ahogados por el dolor hecho llanto, mi mujer y yo volvimos al rancho. Mi pobre mujer no se sobrepuso y murió a los pocos meses. Yo, después de meditar mucho, le pude encontrar sentido a la vida haciendo esto que estoy haciendo hoy. Contribuir con mi grano de arena en la lucha contra esa terrible enfermedad de los pobres. Así comencé a trabajar desde el último escalón en esta Misión de Estudios—.

El Lute y yo nos quedamos en silencio. Fue ahí cuando el jujeño nos dijo:

—Ya deben estar las vinchucas pletóricas. Voy a liberar al pobre cobayo, si es que no murió del susto—.

Reflexivamente Quisque agregó:

—En definitiva todos, sin excepción, formamos parte de la Madre Tierra. Así que les debemos respeto—

DESAPARICIÓN DE LAS VINCHUCAS

La vinchuca es un insecto hematófago. Para mantenerlas en cautiverio de tanto en tanto hay que darles de comer. Quisque era el encargado de la operación. Tomaba un cobayo. Le afeitaba la parte del vientre. Lo ponía en una bandeja. Les ataba las cuatro patas para que quedara inmóvil. Luego ponía las vinchucas en un pequeño recipiente de vidrio, cubriendo con una gasa la parte abierta. Contaba las vinchucas religiosamente. Luego volcaba el recipiente dejando la parte de la gasa en contacto con el cuerpo del cobayo, fijándolo. Las dejaba en la penumbra para que se alimentaran plácidamente. Un día que estaba ubicando los tubos de ensayo en la autoclave para esterilizarlos, la tarea la realizó otra auxiliar, la señorita Cora. No sé si fue por descuido de ella, lo cierto es que cuando volvió Quisque a contar las vinchucas faltaban exactamente cinco de ellas. Se armó un gran revuelo.

Lo primero que se determinó era que no eran del lote que estaban infectadas por el tripanosoma. Eso no quería decir que no hubiere peligro. Podían picar a uno de los cobayos infectados y se transformarían en vectores de la enfermedad. El jujeño tenía experiencia en el tema. Gran conocedor de los hábitos de este insecto, determinó casi con exactitud, que los mismos estarían escondidos en el tinglado que amparaba de la lluvia a los cobayos. Era un habitáculo de unos diez metros cuadrados. Lo primero que se hizo fue sacar del lugar todos los animales infectados y trasladarlos a una habitación casi hermética habilitada especialmente para ello. Durante la noche se dejaron las luces encendidas para que no mudaran de sitio las vinchucas. Aparte, como estaban bastante llenas, se quedarían quietas en el lugar. Se desarmó a pleno día el techo con mucho cuidado. En el rincón más oscuro se encontraban acurrucadas las cinco vinchucas que se habían escapado.

Había tenido una vez más razón, Quisque. No fue más que un gran susto.

¿CÓMO LUCHAR CONTRA LA ENFERMEDAD?

Un sábado el Lute le preguntó al Quisque qué se podía hacer para erradicar el flagelo de la enfermedad. Quisque, quedó pensativo. Fijó su mirada sin ver hacia el norte, como lo hacía habitualmente. Era su brújula y su manera de pensar.

— Miren, nos dijo, estamos en 1951. Ya en 1938 el doctor Mazza propuso en el Congreso Nacional de Medicina realizado en la Ciudad de Córdoba, las medidas de profilaxis que deberían adoptarse para la prevención de la enfermedad.

—¿Cuáles son? — le preguntó el Lute.

—Son solamente cuatro y fáciles de comprender. Aunque parecieran que son difíciles de poner en práctica. Lo que pasa es que el mal de Chagas sigue siendo una enfermedad no considerada en su dramática dimensión social. Ello porque afecta a pobres en una región del mundo que pareciera marginada. No atrae a laboratorios ni a líderes políticos. Pareciera que a nadie le interesa el problema. Pasaron ya algunos años de la muerte del doctor Mazza y ya nadie recuerda su gran obra—.

—¿Pero cuáles son las medidas de prevención? — reiteró suavemente el Lute—.

—Mazza no se cansaba de repetir que eran cuatro, —respondió. —La primera es erradicar el rancho y crear modelos de habitaciones higiénicas adaptadas al uso, clima y particularidad de cada región y cada comunidad. La segunda es poner en marcha un programa de educación sanitaria por todos los medios. La tercera es impedir el desarrollo domiciliario y destruir la vinchuca en todos sus períodos de desarrollo con insecticidas lo más específicos posibles. Y, finalmente, la cuarta es poner el mismo cuidado de prevención en los hospedadores de vinchucas en los alrededores de la vivienda humana.

Finalmente Quisque nos dijo:

—Pasaron más de diez años desde aquellas declaraciones y demás está decir que todo sigue igual que antes. Quizás peor. Ahora estamos asistiendo a una gran migración de provincia a provincia y desde los países vecinos. La enfermedad avanza cada vez más en las zonas críticas. Y aquí tenemos a la MEPRA cómodamente instalada en el barrio de Flores de la porteña ciudad de Buenos Aires—.

LA POLÍTICA

Transcurría el gobierno del General Juan Domingo Perón, con gente que lo seguía con mucha esperanza. Pero su personal forma hegemónica de hacer política generó en otros, resentimiento. Ello lo palpaba en las conversaciones con mis compañeros del Colegio Justo José de Urquiza; quienes, en gran mayoría, eran bastantes críticos hacia el peronismo. Asimismo se evitaba hablar del gobierno públicamente. El que era un crítico acérrimo era Quisque.

Entre el personal de la MEPRA trabajaba la señorita Peralta, una apasionada peronista que vivía en la Casa de la Empleada. Ella no admitía que el jujeño, de etnia aimará, no siguiera a Perón. Es más, le decía que no entendía cómo él, un “cabecita negra”, no fuera peronista.

Quisque le decía a la señorita Peralta que la ruina de la MEPRA fue haberla traído a la Capital Federal. Y que eso era responsabilidad del gobierno nacional. Le señalaba que era penoso que una institución, con el prestigio que había adquirido en Jujuy, se estuviera burocratizando en la Capital Federal. Que aquí, en Buenos Aires, la MEPRA no podía servir de mucho a la pobre gente que padecía la enfermedad.

En sus discusiones con la señorita Peralta, Quisque, pese a vérselo nervioso trataba de no perder su aplomo natural. Recuerdo que en una de esas discusiones le dijo:

—Creo que si viviera el doctor Mazza, hubiera sido crítico con este gobierno. Él no tenía pelos en la lengua y ya antes se había enfrentado con muchos pesos pesado de la política. Él no comulgaba con la alcahuetería. Él no aceptaba la falta de excelencia. Él luchaba contra todo lo que significara un retroceso en la lucha con la enfermedad. Ahora señorita Peralta, aunque usted no lo reconozca, estamos retrocediendo en la MEPRA—.

El tema adquirió ribetes de cierto dramatismo cuando en el año 1952 falleció la señora María Eva Duarte de Perón. Apenada en su dolor, la señorita Peralta vino a la MEPRA con un ostentoso moño negro. Todo el personal trajo en señal de duelo brazaletes o corbatas negras. El único que deliberadamente no se adhirió al luto fue Quisque, a pesar de que siempre lo llevaba por la muerte de su hija.

Por lo que escuchaba del personal, todos estaban preocupados por su conducta tan abiertamente crítica al gobierno. No obstante ello, todos estaban de acuerdo en que Quisque era, además de una muy buena persona, muy eficiente para las tareas que realizaba en la institución.

Yo, por mi parte llevé al colegio una corbata negra sobreviviente del luto por la muerte de mi abuelo. En el Colegio Justo José de Urquiza, en el que la gran mayoría de mis compañeros eran muy críticos, el único de la división que no llevó corbata negra fue el que nunca había hablado mal hasta ese momento del gobierno. Su gesto único de valor mereció el respeto silencioso de todos.

EL CHARRO MORENO

Hacía varios años que el Lute y yo íbamos religiosamente a la cancha de Ferrocarril Oeste. Corría el año '53. Cercano el mediodía, nos encaminamos, como todos los domingos, a la cancha. Se nos unió en el trayecto Quisque, a quien habíamos invitado formalmente. Nos sentábamos en un lugar estratégico de la tribuna, a escasos metros de la barra bullanguera que copaba el centro de la misma.

Solíamos ver parte de la tercera, toda la reserva y la primera. Pasábamos varias horas sentados en el tablón, sufriendo casi siempre, porque el equipo de la camiseta verde tenía la reiterada costumbre de perder.

Ese día José Manuel Moreno, el famoso “Charro” de la “máquina” de River, con su pelo engominado y su clásica vincha, jugaba en la reserva. Como lo veía bastante lento le pregunté al Lute:

—¿Habrá cabareteado hasta altas horas de la noche?—

—Mirá que él se entrena bailando hasta altas horas. Vas a ver que hace una jugada maestra y nos llena a todos de alegría, —agregó—.

Pero la verdad es que la alegría no llegaba y el equipo de la reserva estaba perdiendo por goleada. La barra, que no sabe nada de glorias pasadas y que vive sólo el éxito del presente, comenzó a insultar al equipo. Y se la tomaron con la vincha del “Charro”.

Cuando estuvo cerca de nosotros para patear un corner, alguien de la barra le gritó socarronamente: “Moreno maricón”. Aun en broma era uno de los peores insultos, porque se ponía en duda la hombría. Pese a la distancia que me separaba de él, pude ver que algo decía hacia el grupo donde había salido el insulto.

Terminó el partido. Todos nos olvidamos el incidente. Total era un partido más de la reserva. El plato fuerte era la Primera. Con cánticos y agitar de banderas se esperaba la entrada del primer equipo.

Fue en ese instante cuando por el pasillo de la tribuna, apareció, caminando lentamente, el “Charro” Moreno. Se dirigió al lugar de donde minutos antes había provenido el insulto. Vestido impecablemente y peinado rigurosamente a la gomina, mostraba su cara plena desdibujada apenas por una nariz achatada y ladeada, recuerdo de su paso fugaz por el boxeo amateur.

Imponente, se paró erguido frente a la barra brava. Ésta, al verlo, hizo un silencio sepulcral. Y fue allí cuando don José Manuel Moreno, el famoso “Charro” invitó uno a uno a bajar. A pelear como hombres.

— ¡A ver quién es más macho! —decía insistentemente.

Nadie de la barra se movió. El Lute y yo, que conocíamos de los domingos a todos sus integrantes, veíamos sus rostros desconcertados. Ninguno se movía; ninguno decía nada. Es que habían perdido la impunidad que les daba la masa y el anonimato. Obviamente nadie bajó.

Viendo la actitud varonil, los que presenciamos la escena comenzamos a aplaudir y a vivir reiteradamente el nombre del ídolo: “Moreno, Moreno, Moreno”. Pese a entender muy poco de fútbol, el más entusiasta era Quisque. Pronto se sumaron los cuatro costados de la cancha. Lavado su honor, se retiró ovacionado don José Manuel Moreno.

Quisque estaba emocionado. Elevando su voz entre el griterío nos dijo:

—Salvando las distancias este hombre me hizo recordar al doctor Mazza. Frente a un atropello como el que sufrió injustamente, el señor Moreno hubiera reaccionado de la misma manera—.

LA DIBUJANTE

Quisque me habló de la importancia que le daba a los colores el doctor Salvador Mazza. Es más, me dijo que le había pedido al gran artista mendocino de origen catalán, Fidel Roig Matóns, que por favor pintara las caras y otras partes del cuerpo de los pacientes afectados por tripanosomiasis. Quería el doctor Mazza los colores exactos y por eso el pedido al eminente pintor. Decía que no estaba conforme con los colores de las fotografías Kodak y AGFA. Que eran exageradas y podían inducir a los profesionales a diagnósticos equivocados.

— El grado de persecución de la excelencia por el doctor Mazza se veía hasta en los más pequeños detalles, nada debía quedar al azar, —me señaló con visible admiración Quisque.

Un día, al pasar por la puerta del laboratorio donde estaban los microscopios, había sentada frente al más moderno, una hermosísima mujer. Le pregunté a Quisque quién era y me dijo que era la dibujante que traspasaba con exactitud micrométrica lo que veía en el microscopio y, fundamentalmente, los colores. Quiso presentármela. Cuando la conocí, juvenil, rubia, de ojos azules, no pude dejar de admirarla. Me pidió disculpas porque estaba un poco enceguecida con la luz del microscopio. Y ahí empezamos una amistad. Ella comenzó a venir los sábados para terminar el trabajo y conversábamos largamente. La revista tenía que salir muy pronto.

Me dijo que era holandesa. Que sus padres vivían en Delft. Me dijo que era la ciudad de las porcelanas de tonalidad azul. Cada vez que la escuchaba sentía que me enamoraba más y más de ella.

Un día estaba viendo por el microscopio un preparado y me invitó a mirar. Yo intenté hacerlo pero no veía nada. Me dijo que ajustara la lente. Como no podía, me dijo: -Yo miro con el ojo izquierdo a ver si ves ahora.

Los dos nos quedamos rozando las mejillas. Yo no veía ningún tripanosoma, pero sentía el calor de las mejillas de la holandesa. Ya terminaba su trabajo en la revista y yo no tenía valor para decirle lo que sentía por ella. Un sábado me dijo que volvía a su país. Me despidió con un beso, mi primer beso. Mi irrefrenable imaginación continuó con los caprichosos trazos del amor que fue sin haber sido.

SABER PERDER

Fue en uno de los primeros días de enero del '55. El calor del mediodía en Buenos Aires era insoportable. Decidí caminar por la calle Granaderos hacia la Avenida Rivadavia. Eran pocas cuadras desde la MEPRA. Las hojas de los frondosos plátanos filtraban los rayos del sol abrasador. De paso saludaba al Lute, que seguro estaba en su puesto de guardabarrera del Ferrocarril. Había conseguido el trabajo no hacía mucho tiempo. Nos saludamos y le pregunté cómo andaban sus prácticas de boxeo. Me dijo que se estaba entrenando a conciencia.

Le observé la cara. Iba teniendo la nariz moldeada por el boxeo, que era indudablemente su pasión. Nos sentamos dentro de la pequeña casilla de madera. Me ofreció unos mates. Cuando me estaba cebando el segundo, el estridente campanillazo anunció la proximidad de un tren. El Lute salió de la casilla, tomó del ventanuco la bandera verde de paso libre. Inmediatamente con la mano izquierda la agitaba de lado a lado, dando así vía libre al tren que se acercaba, mientras que con la mano derecha bajaba la barrera, acortando a grandes brazadas la cadena que la sujetaba al extremo más alto.

Fue tan rápida la maniobra que casi le pega al policía que prestamente cruzaba el paso a nivel. Comenzaron a discutir, cada vez más acaloradamente. Yo me había quedado sentado en un rincón de la cabina. La pava, ubicada sobre el pequeño brasero, dejaba escapar de tanto en tanto metálicos bostezos de vapor.

De pronto, el policía insultó a la madre del Lute. Ese insulto no podía quedar impune. Y éste le replicó que cualquiera se hacía el macho con un arma en el cinto. Todo se produjo de golpe. En un santiamén el policía se quitó el arma reglamentaria, se desabrochó la chaqueta y se puso en guardia para comenzar la pelea.

El policía era macizo. Sus brazos parecían dos garrafas. Pensé que si de allí salía una mano, el Lute sería hombre fuera de combate. Pero éste ya sabía bastante del arte del boxeo. Con su largo brazo izquierdo extendido lo mantenía a distancia. Giraba constantemente alrededor de él y repiqueteaba con esa mano en el rostro del policía, como acariciándolo. Eso lo enardecía más y lo hacía marrar tremendos golpes que quedaban flotando en el aire.

De pronto el policía levantó la cabeza para respirar hondo. Y eso fue su perdición. Era algo que pacientemente estaba esperando el Lute. Salió de su brazo agazapado, como una flecha, un derechazo directo al mentón. Aunque no con mucha fuerza, fue preciso y certero. El policía cayó aparatosamente, desparramado entre la zanja y las vías del tren.

Salí prestamente de la casilla y junto con el Lute fuimos a levantarlo. Aceptó las manos tendidas que les dábamos. Se sacudió el pantalón y la chaqueta. Se la abrochó. Se ajustó el cinturón con la cartuchera y el arma reglamentaria dentro.

En ese momento, rompiendo el pesado silencio, el tintineo de la tapa metálica de la pava anunciaba que pronto iba a desprender otro bostezo de vapor. El policía miró al Lute y le dijo:

—Me tomaría un amargo.

Tomó entre sus manos el mate y lo sorbió lenta y silenciosamente. Luego agregó:

—Me voy. Se hizo bastante tarde—. Añadiendo al pasar: —Antes que me olvide. Cuando baje la barrera otra vez ponga más atención. Puede lastimar a alguien.

Luego lo vimos alejarse como si nada hubiera pasado.

EL BOMBARDEO DE 1955

Aunque nadie se animaba a hablar en voz alta y decir lo que pensaban, se presentía que algo iba a suceder en el país. Un día de junio de 1955, los aviones de la Marina pasaron muy bajo por Flores. Todos pensamos que era para un desfile. Pero no, oímos tremendas bombas. De la terraza de la MEPRA se veían los aviones. Como si fueran de juguete daban la vuelta por lo que debía ser la Plaza de Mayo. Pusimos la radio y escuchamos la voz del secretario general de la CGT, máximo referente del sindicalismo oficialista, invitando a los trabajadores a ir a la Plaza de Mayo en defensa del líder. Al rato lo vimos venir a Sixto González visiblemente asustado. Sixto, un correntino de Paso de los Libres que oficiaba de ayudante de limpieza y encargado de darles de comer a los animales del laboratorio, nos contó que cuando venía para la MEPRA, lo subieron prácticamente a un camión que iba a la Plaza de Mayo para defender a Perón. Nos dijo que sintió un miedo atroz cuando oía cada vez más cercano el retumbar de las ametralladoras y de las bombas. Aprovechó un atascamiento en el tránsito y pudo huir del camión que lo llevaba. Aún le temblaba la voz.

Luego del bombardeo, la MEPRA, como creo que era el país, se transformó en un hervidero político. Y cayó el peronismo en septiembre de 1955. Triunfó la que se llamó pomposamente la “Revolución Libertadora”. El jujeño estaba esperanzado.

—Esta gente va a priorizar la ciencia, la salud, la excelencia científica, sin distinción de credos políticos —nos decía—.

Yo, aunque joven, era escéptico. El tema fue que a los dos años se recibió la orden de dejar la casona y mudar todo lo que allí había a dos habitaciones de la Facultad de Medicina de la Ciudad de Buenos Aires.

Yo me había mudado de la MEPRA unos años antes. Me encontré con Quisque y me comentó que volvería a su provincia. Luego de aquel error que había cometido al venirse a Buenos Aires consideraba que su lugar era su Jujuy natal.

VALTUILLE DE ABAJO

En mi memoria guardo aquel día en el barrio de Floresta, cuando mi tío Daniel y mi abuela estuvieron a punto de embarcar con destino a España. Pero el hecho de tener la nacionalidad española y la posibilidad cierta de ser convocado al servicio militar obligatorio —se decía que en África y por tres años— lo hicieron, con mucha pena, desistir.

Todavía recuerdo que habían obtenido un préstamo importante para pagar los pasajes en barco. Antes de devolver el dinero y en una de sus tantas humoradas, mi tío extendió la totalidad de los billetes en fila sobre el patio de nuestra casa de Floresta. ¡Nunca en mi vida había visto tantos billetes juntos!

Habían pasado muchos años. Ahora procedentes de Buenos Aires llegábamos a España, el lugar donde él había nacido. De allí había partido con sólo dos años de edad.

De Madrid partiríamos directamente a la ciudad de Villafranca del Bierzo, situada al noroeste de España, muy cercana a Galicia. Y la recorrimos. Y todos los relatos que de ella hiciera mi abuela se llenaron de olores y colores. Recreaba su voz llena de palabras gallegas, que sabían a morriñas. Aunque ella repetía que era de la Provincia de León, estaba orgullosa de su hablar casi gallego.

En la ciudad de Villafranca del Bierzo sus cuentos se fueron haciendo realidad. Desfilaron ante mí, guiadas por sus relatos, la belleza de la Calle del Agua, la Iglesia de San Francisco y la Iglesia de Santiago, con su majestuosa Puerta del Perdón. Allí me reiteraron lo que ella me había contado, que en ese lugar los peregrinos que no podían seguir el camino y llegar a Compostela, ganaban el jubileo.

Luego de recorrer la ciudad, fuimos al destino principal del viaje. El pueblo donde había vivido mi abuela y donde había nacido mi tío Daniel: Valtuille de Abajo.

Disfrutamos del paisaje. A ambos lados veíamos los interminables viñedos que se perdían en las laderas de las montañas planas. Las cercanas vides soportaban desfallecientes, los pesados racimos de uvas prietas y brillantes. Sabíamos que los vinos de allí eran famosos. Y en esa ocasión reinaba en toda la comarca una alegría muy especial: se esperaba una de las mejores vendimias de todos los tiempos

Estaba mirando hacia nuestro pueblo ancestral, con sus erguidas cuarenta casas de piedra, cuando mi tío Daniel imprevistamente ordenó al conductor del coche que se detuviera. Se apeó y resueltamente se dirigió a una carreta tirada por dos bueyes que venía por el camino. Desbordaba de racimos agolpados

caprichosamente. Mi tío en forma desafiante se paró frente a ella. Pensé que se había vuelto loco, que el sol del Bierzo le había alterado la sesera.

Temeroso y preocupado observé cómo el hombre hacía denodados esfuerzos por detener el pesado carro, que logró a sólo un paso del lugar donde estaba parado mi tío.

En ese instante pude ver a un hombre de rostro atezado, con manos curtidas por muchos soles, que se dirigía a increpar a quien le impedía el paso.

Antes de que dijera una palabra, mi tío Daniel se adelantó y le dijo:

—¿Usted es el señor Jovito, no?—

—Pues sí, hombre, que ése soy yo —le respondió—. ¡Pero qué derecho tiene usted de impedir el paso de mi carreta! ¡Con lo difícil que es manejar a estas bestias!

Fue en ese instante cuando mi tío, con un brillo húmedo en sus ojos, le dijo:

—Venga un abrazo tío, yo soy Daniel, el hijo de su hermana Teresa.

Entonces mi tío se fundió con su tío en un largo y silencioso abrazo. Estuvimos cinco días en la casa de nuestros mayores. Nos la brindaron y fue como estar en la nuestra. Fueron días de empanadas de conejo, de botillo y de vino, días de alegría. Días en los que también se bailó la jota, como tantas veces lo habíamos hecho en casa de mi abuela.

Cuando regresamos a Buenos Aires, le pregunté a mi tío cómo era que había reconocido a su tío, si nunca lo había visto en su vida, ni siquiera en fotos.

Y éste me dijo:

—Sobrino, ¿cómo es que no te diste cuenta? Tiene la misma cara de tu abuela.

Pensé cómo se iban a reír Quisque y el Lute, cuando les contase la tonta pregunta y la respuesta de mi tío Daniel.

CARAVELLE

Había aprobado la última materia. Me recibía de abogado. Por fin el sueño cumplido. Me rodearon los compañeros para felicitarme. Si parecía que se sumaba al festejo la atronadora llegada de un Caravelle al aeroparque vecino.

De pronto descubrí semioculta, entre ellos, a mi antigua profesora de literatura, que se había enterado de mi graduación. Mantenía aquella misma prestancia de la cual me había enamorado. Perdidamente enamorado de esa pequeña mujer que hoy tenía frente a mí.

Al verla volvieron en tropel los recuerdos. Había amado entrañablemente a esa mujer. En nuestras largas charlas en la sala de profesores del Colegio Nacional Urquiza hablábamos de Erich Fromm y *Miedo a la libertad*, de Lanza del Vasto y *Judas*, de Herman Hesse y *Demián*, de Mahatma Gandhi y *Autobiografía con la Verdad*. Y siempre de la vida y su verdadero sentido.

Yo presentía que ese profundo sentimiento de amor era compartido por ella. Me acuerdo de aquella decisión que tomé casi a fin de año de decirle que la amaba. Hablarle no como alumno sino como hombre. Esta vez quería afrontar y pelear por mi sentimiento. No quería que me pasara lo mismo que con la dibujante. Iba a luchar, esa había sido mi decisión. Me había quedado después de hora y con una rosa blanca y una esquila fui a su encuentro. Ya no quedaba nadie en la Sala de Profesores. La encontré ensimismada en sus libros. Dándome ánimo le hablé de mi sentimiento por ella. Le dije que el mío era un amor puro. Que me esperara. A medida que yo hablaba sus mejillas enrojecían. Luego se produjo un silencio total. Recuerdo que con tono vacilante me dijo que era hermoso el sentimiento que yo tenía por ella, pero que la disculpara. Me habló que quizás confundía estar enamorado con el amor. Me dijo que quería a otro hombre y que pronto se iba a casar con él. Me retiré casi sin saludarla. Cuando llegué a la MEPRA pasé cerca de Quisque como una exhalación. Él, presintiendo lo que me ocurría, se hizo el distraído, sin lugar a dudas para que no tuviera que darle una penosa explicación. Ese fue uno de los días más tristes de mi vida.

Volví a la realidad y me fui acercando a ella. Le pregunté si se acordaba de aquel estudiante que cursaba literatura, en el último año del Colegio Secundario Justo José de Urquiza. Para mi sorpresa repitió mi nombre completo. Entonces me animé y le pregunté si recordaba aquel día en el que le llevé una rosa blanca y un poema de amor. Se volvió a sonrojar como entonces. Me miró a los ojos y me dijo que, pasados los años, tenía que confesarme que ella también había compartido el mismo sentimiento.

Le pregunté por qué me había mentado diciéndome que quería a otro hombre. Me contestó que lo hizo porque consideró que era lo mejor para mí.

Abrió su cartera y desplegó aquella esquila amarilla por el tiempo.

— Siempre la llevo conmigo, —dijo—.

Comenzó a leerlo. Ambos, al unísono, terminamos recitándolo.

*Rosa blanca
Indecisa, tierna y bella
Por favor espéreme...
Píntese de rojo
Y dé pelea*

Nos despedimos presintiendo que no nos volveríamos a ver. Ambos sabíamos que los relojes nunca vuelven al tiempo hollado. El despegue de un estruendoso Caravelle en el aeropuerto vecino se sumó al adiós.

A prudente distancia me esperaban el Lute y Quisque. Querían felicitarme por mi flamante título de abogado.

EPÍLOGO

Llevaba al Lute al Hospital de Clínicas. Tenía destrozada totalmente la nariz. Me prometió nuevamente que iba a dejar el deporte. Yo le contesté que, primero, para mí no era eso un deporte y, segundo, que si no dejaba el box, el box lo iba a dejar a él.

Cuando salíamos nos encontramos con la sorpresa de verlos a la señorita Peralta y a Quisque. Y del brazo. Cuando saludamos a la señorita Peralta, nos corrigió risueñamente: —Señora de Quisque, —nos dijo. — Nos casamos hace un año. Estamos viviendo en Jujuy. Estamos aquí de vacaciones. Y felicítenlo al doctor Quisque, se recibió de médico.

Allí estaban parados frente a nosotros la señorita Peralta, ahora señora, radiante y juvenil. A su lado el flamante doctor Quisque. Su mismo rostro achinado y cobrizo. Su misma forma de hablar modulada. Nos dijo, refiriéndose a las discusiones anteriores por la política:

—Ambos nos dimos cuenta de que el anterior gobierno no era tan bueno ni tan malo y que el nuevo, tampoco es ni tan bueno ni tan malo. Vencimos la intolerancia y ambos comprendimos que nos queríamos. Así que nos casamos y estamos viviendo en la Ciudad de Jujuy.

Le pregunté a Quisque si tenía alguna noticia de la suerte de la MEPRA.

—Parece mentira, estamos en el final de la década del cincuenta. A más de 30 años de fundación de esa Misión de Estudios de Patologías Regionales Argentinas por el doctor Salvador Mazza, y no sólo no hubo avances en la lucha contra el mal de Chagas, creo que estamos retrocediendo, —sentenció Quisque. —Pareciera que la muerte impensada del doctor Salvador Mazza en el año 1946 en Monterrey, hubiera determinado la decadencia de la Misión de Estudios.

—No sé si se enteró que el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires resolvió disponer el cierre definitivo de la MEPRA, porque no encontraba razón para continuar con su existencia, —le comenté a Quisque—.

—Conocía la triste noticia, —me dijo. —Hay que preguntarse quiénes son los verdaderos responsables de su cierre. Hay que preguntarse qué se hizo del tren laboratorio que tú conociste y que llevara al doctor Mazza y a su señora esposa Clorinda Razzori a recorrer miles de kilómetros en las zonas más críticas de la enfermedad. Finalmente hay que preguntarse por qué trasladaron la MEPRA a Buenos Aires, lejos de las zonas donde era más necesaria.

Por último agregó Quisque: —Me encontré un fin de semana en la escalinata de la Facultad de Medicina con el último director de la MEPRA. Les llevaba alimentos a los animales del laboratorio. Me comentó que si él no los alimentaba se morían de hambre. Ustedes se dan cuenta la tristeza que ello me produjo—.

Antes de despedirnos, Quisque, nos dijo:

—Sin embargo no debemos perder la esperanza. Sé que hay gente que está luchando contra la enfermedad de Chagas, que están haciendo lo posible e imposible. El enemigo es poderoso y se ensaña con los que están en condiciones paupérrimas. Y les agrego una última reflexión, —nos dijo: —Estamos iniciando la década del sesenta. Y creo yo que deberíamos unirnos todos los que podamos para tener incidencia en la lucha contra esta endemia y otras que asolan nuestra patria, libres de banderías políticas, a fin de trazar una permanente política sanitaria nacional de prevención y cuidado de todos—.

El Lute y yo vimos alejarse al matrimonio Quisque-Peralta del brazo, recordando sus duras peleas anteriores.

—Lo que puede el amor —le dije al Lute.

—Yo diría lo que puede la tolerancia. En definitiva el sano ejercicio de respetarse el uno al otro, —me contestó el Lute.

ÍNDICE

Prólogo.....	5
La mudanza.....	7
Siesta de verano.....	9
El jujeño.....	11
El hablar de Quisque.....	12
La vinchuca.....	14
La fiesta.....	17
La guagua.....	19
Desaparición de las vinchucas.....	20
Cómo luchar contra la enfermedad.....	21
La política.....	23
El Charro Moreno.....	24
La dibujante.....	25
Saber perder.....	27
El bombardeo de 1955.....	28
Valtuille de Abajo.....	30
Caravelle.....	32
Epílogo.....	34

CONTRATAPA

Lino Roberto Morales nació en la Ciudad de Buenos Aires el 2 de agosto de 1936. En los cuentos que conforman la presente obra, este abogado porteño nos invita a asomarnos a una época signada por las contradicciones, donde sus protagonistas conservan inquebrantables ideales, más allá de sus conveniencias personales.

En los cuentos está presente el doctor Salvador Mazza, luchador inclaudicable contra la enfermedad de Chagas, mal endémico que aún hoy afecta fatídicamente a millones de latinoamericanos, con secuelas irreversibles y miles de muertes por año.

A través de sus narraciones aparecerán personajes como Quisque, un provinciano transplantado a la Ciudad de Buenos Aires junto con la MEPRA. Hombre de gran entereza moral. Oiremos a través de los relatos sus justificados lamentos por el paulatino desvanecimiento de la Misión de Estudios de Patologías Regionales creada por el doctor Salvador Mazza.

Los invitamos a recorrer un mosaico de evocaciones del autor, con la advertencia que formulara en el prólogo: *“Los cuentos que integran este libro no pretenden ser otra cosa que narraciones en las que se entrecruzan las vivencias juveniles con el mágico mundo de la ficción.”*